

LA ESTANCIA VACIA

Toni Ferrán



Capítulo 1

LA ESTANCIA VACIA

(por Toni Ferrán)

La humedad le calaba los huesos, se dobló hacia adelante mientras entornaba los ojos. Se hallaba en el monte, oyó a lo lejos el aullido de los lobos, semejaba el dolor que se escapaba de sus entrañas. Levantó sus brazos girando su cuerpo y elevandolo hacia el cielo, cual plegaria sorda.

Primero fue su hijita, murió de unas fiebres, su mamá no se separó de ella ni un segundo. Tras ella, enfermó su mujer, Adela. Los amos habitaban una estancia a no más de cinco kilómetros, al morir la chiquilla, dieron el día libre al cholo Guzmán, sin paga, por supuesto. Antes de aquello les comentó a los amos, si podrian conseguir las medicinas que necesitaba su pequeña, a lo cual le respondieron que eran muy caras, no podria pagarlas aunque trabajara dos vidas. El cholo Guzmán volvió a su humilde estancia a contemplar como se extinguia la luz de su pequeña, impotente ante las circunstancias.

Ahora también perdía a su amor, su compañera, la mamá de su princesa muerta. Se volvió loco de pena, se subió al monte, con suerte los lobos darian buena cuenta de él y

terminarian con sus miserias. Los lobos se ceban con los débiles, y el cholo Guzmán nunca lo fue, se sometió al amo para dar de comer a su familia y protegerla. Esos motivos ya no existían, bajó del monte a su humilde estancia, cargo su escopeta con dos cartuchos y montando en su yegua se dirigió a la estancia del amo, también cogió el machete que un día le diera su padre.

Al llegar a la casa del amo, descabalgó de su montura parsimoniosamente, ató la montura a una piedra y entró en la casa. Conocía de sobra la hacienda, había trabajado en ella infinidad de veces. Se dirigió al comedor, todos se hallaban en la mesa cenando, el amo, su mujer, sus tres hijos y los suegros del amo. El primero en caer fue el criado del amo, Salomón, hombre de confianza de la hacienda y violador de cholas. Tras el primer escopetazo, apuntó al patrón y le voló los sesos, soltó la escopeta y desenfundando el machete, los fue degollando uno por uno, sin prisa, de forma tranquila, sin nervios, era un trabajo bien. Salió de la casa, montando en su yegua baya, se dirigió de nuevo al monte. Cuentan las gentes de la zona, que nunca más se le volvió a ver, pero que cada vez que algún hacendado se alejaba de los llanos adentrándose en los montes, aparecía degollado y sin vísceras, ya que Guzmán lo compartía todo con sus hermanos los lobos,

ellos si sabian de honor y de respeto.